



## A MODO DE INTRODUCCIÓN

Pedro Schwartz Girón

Los trabajos presentados en este número de **MEDITERRÁNEO ECONÓMICO** pretenden iluminar distintos aspectos parciales de una tradición de pensamiento económico centrada en los países del sur de Europa, norte de Africa y Oriente Medio ligados entre sí por la cercanía al *Mare Nostrum*. Es una tradición de pensamiento que el erudito historiador Louis Baek<sup>1</sup> ha caracterizado con las siguientes notas:

- la subordinación de lo económico a normas superiores;
- la insistencia sobre los frenos y contrapesos para controlar la acumulación de riqueza;
- la concepción holística y organicista de la sociedad;
- la legitimación moral de un orden social jerárquico;
- la preferencia de la estabilidad frente al cambio.

En muchos de los ensayos que siguen se nota claramente la pervivencia de esta tradición crítica de la modernidad. Puntualiza Baek que quienes hoy trabajan en resucitarla no la ven como una reacción anticuarria contra la modernidad ni como una aceptación del irracionalismo de los posmodernos. Al volver la mirada hacia atrás intentan poner en cuestión la base matemática abstracta de la ciencia social del presente, rehabilitar la noción históricamente concreta del *ethos* o *espíritu* de las sociedades, y traer de nuevo la ética a las ciencias sociales.

Cuando en el s. XVII la decadencia del Imperio de los Habsburgo desembocó en un desplazamiento de la creación de riqueza y de la actividad cultural al norte de Europa, la tradición mediterránea de pensamiento económico se agostó, sustituida por un mercantilismo más comercial y luego por el individualismo clásico. Somos muchos los que saludamos la aparición de una nueva tradición más *científica* de pensamiento económico como un paso adelante en el progreso humano. Sin embargo, son muchos y no sólo Baek los que se lamentan de ello. La selección de trabajos que sigue pretende reflejar ambas tendencias historiográficas, la de quienes nos congratulamos de la mundialización y la teoría económica que la potencia, y la de

---

1 Louis Baek: *The Mediterranean Tradition in Economic Thought*. Routledge, Londres y Nueva York, 1994, cap. 1, pág. 5.

quienes intentan “conceptualizar y resolver problemas actuales para los que la sabiduría convencional de la economía ortodoxa no ofrece respuesta”.<sup>2</sup>

Otro principio organizador de este número de la colección de estudios socioeconómicos de Cajamar es el de la investigación en los aspectos regionales y nacionales del pensamiento económico. Inspirándose en los conocidos trabajos de Ernest Lluch y José Luis Cardoso,<sup>3</sup> el profesor Argemí ha dado tres razones por las que tiene interés historiar el pensamiento económico de países cuyo economistas no forman parte de la corriente principal de la ciencia:

- es revelador estudiar los canales y cronología de la asimilación o rechazo de ideas foráneas, tomando en cuenta los filtros constituidos por la realidad económica y el contexto intelectual;
- los elementos innovadores que aparecen en el curso de la adaptación de las nuevas ideas;
- la utilización de las nuevas ideas para el análisis de los problemas peculiares del país o región.

No hay duda de que el prestar atención a las traducciones y plagios de obras extranjeras, a la difusión en el extranjero de obras nacionales, a la deficiente asimilación o peculiar aplicación local de los textos de economistas de fama mundial, forma parte del buen hacer de un historiador profesional y concienzudo.

Esos dos vectores de la historia del pensamiento se encuentran bien representados en esta colección, tanto el estudio de la peculiar tradición mediterránea de que no ha hablado Baeck, como el de las difracciones y filtros nacionales en la difusión de las ideas económicas. Es importante señalar además que los autores no han caído en el defecto castigado por Cardoso y Lluch de glorificar formas primarias y peligrosas de nacionalismo y de hacer elogios excesivos de trivialidades y mediocridades, sólo porque se les ocurrieron a autores locales.<sup>4</sup>

De hecho la colección de papeles comienza con una sección dedicada a diversos aspectos de la Ilustración en países mediterráneos, es decir el análisis de un movimiento con aspiraciones de universalidad y por tanto no tan expuesto a estrechos localismos. Paloma de la Nuez corrige algunos malentendidos bien corrientes sobre Smith y Turgot, señalando que pese a la comunidad de ideas e intereses entre ambos, Turgot tenía una *vena* más utópica que el escocés, *vena* que asociamos con los liberales del Continente – Francia, España, Portugal, Nápoles.

2 Baeck (1994), cap. 1, pág. 10.

3 Ernest Lluch: “Las Historias nacionales del pensamiento económico y España”, en E. Fuentes Quintana, director: *Economía y economistas españoles*, I *Una introducción al pensamiento económico*, págs. 435-476. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999; y José Luis Cardoso y Ernest Lluch: “Las teorías económicas contempladas a través de una óptica nacional”, *ibid.* Págs. 477-484.

4 Cardoso y Lluch (1999), pág. 483.



Era el francés persona que detestaba las capillas y que había adquirido amplia experiencia práctica como intendente en Limoges. A pesar de eso, fue más radical como ministro del Rey que Smith como supervisor de las Aduanas de Escocia. Turgot se daba cuenta, dice la doctora de la Nuez, de que Francia necesitaba un cambio de instituciones más profundo que el Reino Unido antes de dejar correr libremente la economía. Cuando Luis XVI, presionado por el partido de la Corte, destituyó a Turgot y más tarde se puso en manos del ecléctico banquero suizo Necker, estaba dando sin saberlo los primeros pasos hacia la guillotina.

Menudo y O’Kean examinan los inicios de la teoría del empresario en Turgot. Es el *actor* empresario una figura o modelo ideal pasada por alto por los economistas del norte de Europa. Cantillon, Turgot, Say, Bastiat, son algunos nombres de una tradición analítica francesa que no acabará fracasando en el empeño de que la economía más ortodoxa integre ese *actor* que compra recursos y servicios a precios ciertos para vender productos a precios ciertos, por aplicar la definición de Cantillon.

Francisco Joaquín Cortés, con ayuda de nuevos conceptos y retadores neologismos, profundiza en las teorías sociales de los ingenieros de la Escuela politécnica de París. El desprecio de los hombres prácticos hacia los economistas se traduce en una inclinación hacia la ingeniería social: su formación profesional les inclinaba hacia una interpretación del problema económico como una cuestión de producción, organización y planificación. La peripecia de los sansimonianos es la mejor muestra de las desviaciones utópicas que puede padecer esa forma de ver la realidad.

Elena Gallego presenta un estudio cuidadosamente matizado de la educación de las mujeres en el discurso de los ilustrados, empezando por el padre Feijoo y llegando a Campomanes y Olavide. No por conocidos son menos interesantes los intentos de la Junta de Damas de la Sociedad Matritense de amigos del País de imponer un traje nacional a las mujeres, sin olvidar las diferencias de atuendo necesarias para distinguir las clases sociales. El objeto era el de reducir los gastos que un exceso de lujo traía a la nación y las familias. Más atinados son los interesantes textos femeninos sobre la situación y la formación de las mujeres, especialmente el de Josefa Amar, que no se resignaba a que a las niñas recibieran enseñanzas de ‘las labores propias de su sexo’. No podrá acusarse a la doctora Gallego de falta de comprensión de las circunstancias de cada época al tiempo que critica las prácticas discriminatorias de cada momento.

María Blanco llama nuestra atención hacia el uso de las matemáticas por los economistas de la Ilustración italiana. Los nombres de Ceva y Ortes no son tan familiares como el de Beccaria. Pero Ceva buscó explicar las leyes que rigen la circulación de las distintas monedas. La ambición del programa de investigación de Ortes es sorprendente y dio lugar a duras críticas: pretendía someter a la medición el hombre en su totalidad, incluidos los sentimientos y las opiniones. Beccaria, más conocido como penalista, también presentó fórmulas matemáticas para modelizar el valor de las monedas y el tipo de cambio entre el oro y la plata. Valdría la pena

comparar las intuiciones de Ortes y Beccaria con las de los autores recogidos por Sargent y Velde en su extraordinaria historia de la teoría y práctica de la moneda fraccionaria.<sup>5</sup> La aplicación de la matemática a los fenómenos económicos es la Ilustración en su expresión más pura. Merece elogio que la doctora Blanco nos recuerde la *vena* galileista de los monetaristas italianos, prolongada en una tradición teórica que tanto envidiamos los españoles.

Cierra esta sección Vicent Llombart con un ensayo de la misma calidad y matices que los anteriores trabajos dedicados a la Ilustración española. Son utilísimos y necesarios sus avisos de que no simplifiquemos la historia de los ilustrados españoles y franceses, ni siquiera la de los británicos. Nos hace ver que tanto en Francia como en España el intento de esos pensadores era la aplicación a la reforma institucional y social. Nuestro conocimiento de lo ocurrido después en la evolución de las doctrinas económicas nos impide ver que, para los contemporáneos, 1776 no fue sólo el año de Adam Smith sino también el de Turgot y Condillac. En España destaca la sorprendente abundancia de intercambio de traducciones, en especial en el segundo período de los tres en los que divide la evolución de la economía política en nuestro país: son éstos el de 1724 a 1760, presidido por la personalidad de Uztáriz; el de 1760 a 1780, en el que brillan Campomanes y sus Sociedades de Amigos del País; y el de 1780 a 1812, con Jovellanos, Foronda, Cabarrús y Ortiz.

Retornamos al pensamiento más genuinamente mediterráneo con la sección dedicada al pensamiento económico en la Cultura de los tres libros sagrados. Así nos adentramos en terrenos que para muchos son totalmente desconocidos. Angel Sáenz Badillos es un reconocido experto en la cultura judía y con acierto nos habla de los muchos pensamientos económicos judíos. Tras recordar los estereotipos y caricaturas con los que se ha pretendido retratar a los judíos (aunque quizá el retrato de Shylock por Shakespeare no sea tan desfavorable como suele pensarse), repasa lo que sobre las actividades económicas encontramos en la Biblia, el Talmud y los escritores medievales, repasa a vista de pájaro la práctica económica en las distintas comunidades alrededor del Mediterráneo. La sorpresa es grande, pues deshace la idea preconcebida de muchos de nosotros de que los judíos no poseían tierras, ni se dedicaban a la agricultura ni la pesca. Las actividades de la judería en Egipto, Al Andalus, Castilla, Navarra, Provenza, Italia, no se centraban sólo en las finanzas del rey, la banca, la usura, la medicina. La amplia bibliografía que incluye el profesor Sáenz Badillos nos abre panoramas insospechados que sin duda debemos explorar.

Igual aprecio merece el ensayo de Olivia Orozco sobre el pensamiento del Islam en el mundo medieval. Las contribuciones de los pensadores islámicos van mucho más allá de la traducción de los clásicos griegos. Además, el pensamiento sobre la ética y la práctica económicas de los escolásticos está mucho más cerca de lo propuesto en el mundo islámico: en especial, hay una clara ligazón entre el concepto de mercado competitivo de los musulmanes y

---

5 Thomas J. Sargent y François R. Velde: *The Big Problem of Small Change*. Princeton University Press, 2002.



el de Vitoria y Domingo de Soto. Igualmente, la firme defensa coránica del mantenimiento del valor de la moneda es gemela de la crítica de las devaluaciones monetarias por los escolásticos castellanos. En este caso también, la bibliografía traída por la doctora Orozco es desconocida para muchos y por tanto utilísima.

Cecilia Font consigue arrojar nueva luz sobre las teorías económicas de la Escuela de Salamanca con una interpretación más profunda de la racionalidad económica en dicha Escuela. Destaca la orientación moral y el esencial humanismo de los doctores así como su antropología tan distinta de la que pasa con el nombre de *homo oeconomicus*. Vitoria considera que entendimiento y voluntad son uno y los mismo. La razón humana no puede determinar el comportamiento si no se infunde en la voluntad. El hombre es moral cuando obra voluntariamente lo que entiende con la razón. La recta razón interpreta la ley natural y la aplica en situaciones que siempre son novedosas. Subraya en suma la doctora Font que la decisión económica se basa en una comprensión de lo que debe ser. Lo ético es la sustancia de lo económico.

La tercera sección de esta monografía reúne trabajos sobre pensamiento económico regional. Cataluña, Menorca, Italia, Portugal, España son los ámbitos estudiados por los ocho autores que restan. Quizá sea interesante relacionar el trabajo de Lluís Argemí con el de quien escribe la presente introducción, Pedro Schwartz, que aparece al final del todo. No hay duda de la existencia de un pensamiento económico catalán, aunque alguno de los autores incluidos deberían quedar fuera, como es Laureano Figuerola (aunque sostenga lo contrario el dr. Antón Costas). Son éstas las doctrinas de quienes soñaban con que Cataluña se convirtiese en una unidad económica autónoma para practicar una política económica distinta de la del Estado español. En el s. XVIII reclamaban prohibicionismo y proteccionismo frente a la competencia del exterior. Luego la atención se desplazó de la balanza de pagos hacia el fomento del comercio como fuente de crecimiento y de la industria sobre la base de unos gremios modernizados. En el siglo XX el énfasis pasó claramente a recaer en la creación de un mercado interior y al fomento de la demanda como condición del desarrollo. Si se compara todo esto con las críticas del abajo firmante a la política económica de Cánovas, se entenderá que alguno pueda pensar que esta tradición catalana a la Baeck es más reaccionaria que progresista.

La contribución de Hernández Andréu nos detalla los comentarios de Francesc Marçal a la tasa del trigo impuesta en Menorca durante el s. XVII. El experimento tiene interés por cuanto su justificación era la protección de los más pobres, dada la facilidad que la escasa población ofrecía a posibles monopolistas. También muestra el profesor Hernández Andreu que Marçal entendía bien el efecto de los movimientos de la oferta sobre los precios y la determinación del precio por las fuerzas de la oferta y la demanda. A ello quizá le ayudara su adscripción a la filosofía de Lull, que se caracterizaba por la búsqueda del punto medio. El sistema de fijar la tasa del trigo en septiembre, recogida ya la cosecha, y hacerla retroactiva a junio, que es cuando podía empezar a faltar el trigo del año anterior, era superior al de la tasa en Castilla. Los historiadores que comenten sobre el famoso debate entre Molina y Soria en contra y a favor de la tasa tendrán que incluir el punto de vista distinto de Marçal en su consideración.

A continuación vienen tres trabajos relacionados con Italia. Dos de ellos, el de Vitantonio Gioia sobre la escuela histórica italiana, y el otro de Malo Guillén sobre la influencia del pensamiento económico italiano en España, tienen el máximo interés por versar sobre la transmisión del pensamiento de una nación a otra. El profesor Gioia mantiene que el ataque del marginalista Francesco Ferrara a los historicistas italianos, en especial a Luzzatti y Cossa no se justificaba del todo, pues éstos mantenían posturas científicas diferentes de las de Schmoller y sus discípulos alemanes. El que admitieran los italianos la utilización del método inductivo para completar las deducciones teóricas, y el que quisieran que se analizara la pervivencia del proteccionismo y la agitación social, no les convertían en seguidores de Schmoller. El doctor Malo, por su parte, subraya la influencia en España del krausista Sbarbaro, especialmente a través de Dorado Montero. Si Buylla plagió a Cusumano al tratar los historicistas alemanes, ello de todas maneras sirvió para informar a la profesión de las nuevas tendencias. Los católicos preocupados por la cuestión social se interesaron por Toniolo. De quien no se hizo caso en España fue de Pareto y de Pantaleoni. Sobre la economía de la educación escribe el profesor Spaletti y ahí precisamente es donde hace fugaz aparición Pareto. Las polémicas sobre la enseñanza obligatoria y estatal traídas por Spaletti son muy interesantes y es especialmente de agradecer que por fin aparezca Pareto, con su trabajo “La mortalità infantile e il costo del uomo adulto” (1896). La historia del pensamiento económico italiano sin Pareto es como Hamlet sin el príncipe.

Los doctores Pires y Gorostiza tratan el *ingenierismo* en la España del primer Franco y el Portugal de Salazar. Es una afortunada coincidencia que estos dos autores hayan tocado una cuestión ya examinada por el doctor Cortés sobre *L'École Polytechnique*. La insensibilidad ante los costes de oportunidad de los ingenieros españoles, cuyo máximo exponente era Suanzes, y la insistencia en la eficiencia y el control racional de la sociedad, les llevaban a un nacionalismo económico a ultranza. En Portugal, los ingenieros pesaron menos, principalmente por la menor organización corporativa del gremio, pero el espíritu era el mismo.

Me considero afortunado de haber podido reunir un grupo de historiadores de tanta distinción en este número de la revista **MEDITERRÁNEO ECONÓMICO**. En nombre de todos ellos agradezco a Cajamar la oportunidad que nos ha brindado de tocar temas de tan gran interés para todos los historiadores del pensamiento económico.